



BOLETIN

DE LA

ASOCIACION

ARTISTICO-ARQUEOLOGICA

BARCELONESA

FUNDADA EN OCTUBRE DE 1877

Redacción y Administración, Conde del Asalto, 58, 2.º

SUMARIO

Juan Bautista de Rossi (el gran arqueólogo de las catacumbas).	pág. 81
Pesca de ánforas.	» 89
La Cova dels Encantats, en Serinyá (Girona).	» 95
Noticias y descubrimientos.	» 98

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Barcelona..	5 pesetas al año.
En el resto de España..	6 » »
Extranjero.	8 » »
Ultramar.	2 pesos oro »

GRATIS PARA LOS SOCIOS NUMERARIOS Y CORRESPONSALES

Número suelto. 0'50 peseta.

ANUNCIO OFICIAL



Por el art. 37 del anterior Reglamento por el que se regía la Asociación (16 Mayo 1882), se creó un distintivo para que lo usaran en los actos oficiales todos los señores Socios Numerarios, honorarios y Corresponsales, consistente en una medalla de plata-sobredorada de 76 por 40 milímetros, pendiente del cuello con un cordón de oro de 36 centímetros de longitud y pasador de metal dorado, según el adjunto grabado.

También se creó un lazo seda y oro, color hoja seca, para llevarse en el ojal, del que pende una medallita de plata sobredorada de igual diseño que la venera, con 22 por 12 milímetros, para usarla en las excursiones, visitas y demás actos semi-Oficiales.

La Junta Directiva con arreglo al artículo 37 del actual Reglamento (16 Mayo 1892) que rectifica el uso de la Venera, al objeto de que los señores socios pueden tener facilidad de adquirir el distintivo de la Asociación, ha dispuesto reproducirla en fotograbado de tamaño natural, logrando poderla vender en Barcelona por 25 pesetas las de bronce sobredorado y á 30 pesetas las de plata sobredorada, (ambas tamaño mayor), encerrada en

rico estuche de seda carmesí, forrado de papel chagrin negro.

Las mismas, se venderán para fuera de Barcelona, España y todo Europa, resguardadas en cajita de madera, certificada como valores declarados á domicilio por 30 pesetas las de bronce y 35 las de plata, ambas sobredoradas, con su correspondiente estuche.

Las medallitas con lazo para ojal, costarán en Barcelona 10 pesetas y 12'50 pesetas para fuera de Barcelona.

La remesa se verificará, enviando al Secretario de la Asociación, *Conde de Asalto*, 58, el importe en letra ó giro de fácil cobro, quien contestará á vuelta de correo.

Barcelona 1.º Febrero de 1894

P. A. DE LA J. D.

El Secretario,

José Aymat

JUAN BAUTISTA DE ROSSI

(El gran arqueólogo de las catacumbas)

A cuantos hayan saludado siquiera los rudimentos de epigrafía y criptología cristianas ha de haber causado dolorosa emoción la nueva del fallecimiento del comendador de Rossi, arqueólogo ilustre entre los más ilustres del siglo actual. El sabio explorador de la Roma catacumbaria; el evocador maravilloso de los primeros siglos de la Iglesia; el sagaz genealogista de las nobiliarias familias romanas, convertidas desde la primera hora del Cristianismo naciente á la religión del Crucificado, acaba de morir en Castel Gandolfo á la edad de setentidos años.

Estos setentidos años de una existencia severa, entusiasta y laboriosa, puede decirse que fueron consagrados exclusivamente á los altos estudios de la arqueología cristiana. De niño ya ensaya sus facultades en la interpretación de las inscripciones cretenses, é ingresado luego al Colegio Romano, completa su iniciación bajo la férula del Padre Marchi, que, al descubrir la vocación y aptitudes del adolescente, le señala el camino de las catacumbas, como el derrotero de un mundo á resucitar. Por aquellos tiempos de crítica clásica y meticulosa, los estudios de la antigüedad cristiana, sino preteridos desdeñosamente, se hallaban por entero desviados de la senda trazada á los arqueólogos del porvenir por la luminosa intuición de Bossio, de aquel famoso Bossio que en el siglo xvi fué el Bautista Precursor de los descubrimientos catacumbarios, así como Rossi ha sido su Mesías, en la centuria que está finiendo.

Resuelto á seguir las huellas del insigne precursor, el joven arqueólogo se encierra en los archivos y bibliotecas, revuelve papiros y pergaminos, devora las actas martiriales, los libros de indulgencias, los catálogos de reliquias, los itinerarios que

en los siglos VII y VIII habían servido á los peregrinos extranjeros para orientarse en sus visitas á los santuarios de Roma, consulta y compulsa, en fin, cuantos textos antiquísimos, pueden proporcionarle, por su valor histórico, algún rastro de luz sobre la situación topográfica de los cementerios que databan del tiempo de los apóstoles. Pertrechado de tan vasta documentación, ignorada de sus predecesores, Rossi baja á las catacumbas, y durante cincuenta años explora sin descanso aquellas ciudades de los muertos, enterradas debajo de la ciudad de los vivos, de donde únicamente sale por intervalos para revelar al mundo los arcanos del Cristianismo en su cuna, con su obra monumental de la *Roma Sotterranea*.

Como no esté destituido de todo sentimiento y de toda imaginación, aún el hombre menos dado á las arideces arqueológicas ha de seguir con emoción é interés la epopeya de descubrimientos, realizada portentosamente y referida con sinceridad por el insigne italiano. La série de sus hallazgos trascendentales constituye un prodigio de método, de cálculo, de previsión. Como si una luz de profecía guiara sus pasos por aquellas regiones misteriosas de las liturgias remotas y de los sepulcros primitivos, mandaba el arqueólogo derribar un muro en la seguridad absoluta de hallar detrás del derribo, la cripta prevista ó la basílica esperada. Así, de un modo exacto y preciso, como si los descubrimientos obediesen á un programa fijado de antemano, ó á la inspiración de un taumaturgo, Rossi da á luz el cementerio de Pretextato y de Calixto, debajo de la Vía Apia; desentierra las tumbas de los obispos de Roma, del siglo III; descubre la famosa cripta de Santa Cecilia; exhuma el sarcófago del papa San Cornelio y la catacumba de Domitila, en Tor-Marancia; y como remate de sus incontables invenciones, logra levantar el plano topográfico de la red extensísima é intrincada de innumerables vías subterráneas que, cruzándose, ramificándose y sobreponiéndose en todos sentidos, constituyeron, desde diecinueve siglos atrás, la ciudad mística de los primeros cristianos.

Pero no termina en estos prodigiosos descubrimientos de un subsuelo, santificado por los despojos de los mártires, la

obra colosal de Rossi, sino que, ambicionando evocar las historias pasadas, las escenas acaecidas, los ritos celebrados en aquellos lugares del silencio y de la muerte, junto con los personajes que intervinieron en tales actos, escenas y liturgias... interrogó á los mudos y extraños testigos de aquella vida pretérita; preguntó á los sarcófagos y á los cubículos, á los arcosolios y á los lóculos, á los símbolos de las bóvedas, á los monogramas de los altares, á las pinturas de las paredes, á las inscripciones de las lápidas... y todos aquellos muros, ladrillos y piedras, todas aquellas imágenes, emblemas y letras vinieron á contarle al oído la historia íntima de sus recuerdos sacrosantos y de sus misterios infinitos. ¿Cómo habían, las augustas reliquias, de guardar secretos para el hombre justo, que, además de esclarecido por raudales de saber humano, iba iluminado por los esplendores de la fé divina?

La fé y la ciencia, la rara erudición y el entusiasmo sin límites, que Rossi atesoraba, su perspicacia fecunda y exquisita, sus naturales facultades de sistema y precisión, le permitieron crear un verdadero método científico para descifrar los monumentos epigráficos, agruparlos por series y relacionarlos entre sí; para fijar la cronología de las pinturas murales y dar la clave de su oscuro simbolismo, en una palabra, para aplicar una crítica seria y concienzuda á una infinidad de temas arqueológicos que hasta entonces habían parecido incoercibles al exámen humano, á todo análisis racional. «Rossi,—dice su traductor Allard,—poseía la gran facultad, la facultad suprema del historiador: la imaginación, que supo atemperar, dirigir y fecundar por la exactitud, la atención y el constante escrúpulo del arqueólogo.»

A no hallarse providencialmente reunidas en un solo individuo tan complejas facultades, no se explicarían con facilidad las obras maestras de experimentación que el maestro llevó á cabo, como la preciosa monografía de las criptas de Lucina, donde fué inhumado San Cornelio; los estudios sobre Pomponia Grœcina; sobre los Papas del siglo III, enterrados en San Calixto; sobre los orígenes de la pintura cristiana y su clasificación por períodos, estilos y asuntos; sobre las curio-

sas cofradías sepulcrales de la antigüedad cristiana; sobre la constitución geológica del terreno en que se emplazan las venerandas catacumbas, y sobre una multitud de materias á cual más interesantes para la historia, las artes y las ciencias.

En el campo de la epigrafía, sobre todo, realizó verdaderos milagros de revelación. Teniendo, á veces, por única base de sus inducciones dos ó tres letras apenas legibles halladas al azar en la gastada losa de un sarcófago, llegó Rossi á reconstruir el nombre, la calidad y el empleo del personaje allí enterrado; de las circunstancias del individuo pasó después á rehacer las de su familia, colaterales y ascendientes, estableciendo, al cabo, completas geneologías, entre las cuales abundan las de casas patricias que ejercieron grandes magistraturas romanas, en los primeros tiempos del Cristianismo. Estas sabias investigaciones, comprobadas luego con la compulsación de textos históricos, eclesiásticos ó profanos, aquí-latadas más tarde por descubrimientos de orden diferente, han derramado torrentes de luz sobre la noche de aquellas edades inexploradas.

¡Cuántos errores y prejuicios se desvanecieron ante la crítica del maestro! ¡Cuántos asertos, tenidos poco menos que como artículos de fé, vinieron á echar por tierra los luminosos estudios y las profundas lucubraciones de Rossi! Quiero apuntar una siquiera de estas falsedades tradicionales, disipadas por el gran arqueólogo, para dar idea de la trascendencia suma de sus análisis epigráficos, que á primera vista pudieran parecer cosa insignificante, mero entretenimiento de erudito á un espíritu superficial.

La creencia de que, en la primera era cristiana, la doctrina del Evangelio había sólo encontrado adeptos en las últimas clases sociales, ha sido durante siglos un lugar común, de que en nuestros días han sacado gran partido las literaturas romántico-socialistas al uso. Claro está que semejante proposición, repetida en libros y discursos hasta la saciedad, había de chocar grandemente á cuantos saben por la historia y la experiencia, que todas las evoluciones del pensamiento y del espíritu, del alma social, que decimos ahora, vienen siempre *de arriba*, aún en los casos en que la nueva doctrina invasora

pretenda imponerse en nombre y en provecho exclusivo de los *de abajo*. Como no se achacase á disposición supra-humana, y por lo tanto fuera de los alcances del raciocinio, el hecho de que la sublime doctrina cristiana se difundiese en sus primeros tiempos exclusivamente entre gentes toscas, sin refluir gran cosa entre las clases cultas y elevadas, resultaba una contradicción á la ley general, una antinomia difícil de resolver, para el espíritu más avisado.

Rossi ha venido á zanjar enteramente la cuestión, probando con hechos que, por lo que respecto á Roma cuando menos, la antinomia no existía, puesto que á partir de los primeros días, la iglesia naciente había hecho rápidos progresos en el seno de la aristocracia romana. Las lápidas funerarias, los mármoles de los sarcófagos, las pinturas de los arcosolios, las inscripciones de mil y mil sepulturas estaban pregonando con su elocuente voz de piedra que, desde el primer siglo, la religión del Crucificado no fué solo, como se ha repetido tantas veces, la religión de los ignorantes y de los pobres, de los esclavos y de los párias. Por la palabra esculpida en sus tumbas, innumerables muertos de las primitivas generaciones cristianas declararon al maestro los altos timbres de sus ilustres prosapias:—Yo soy Urania, hija de Herodes, el preceptor de Marco Aurelio, enterrada en este cementerio de Pretextato.—Yo el patricio romano Liberal, hombre de Estado que dió su sangre por la fé de Cristo.—Nosotras, damas ilustres, *clarissimæ*, de rango senatorial, inhumadas entre las primeras de este lugar piadoso.—Yo, el tribuno Quirino, martirizado con mi hija Balbina, en tiempo de Adriano.—Yo soy Pomponia Grœcina, la noble matrona, cuya conversión al Evangelio, el año 58, refiere Tácito.—Yo, Flavio Clemens, pariente del Emperador Domiciano... y así, multitud incalculable de fieles y de mártires que en vida pertenecieron á los más encumbrados magisterios, á los más nobles linajes, á los más altos destinos, hasta la propia casa del César imperial.

Revelaciones de tanta trascendencia como la que me ha servido de ejemplo, relativas al orden histórico ó á otros ramos del saber humano, como iconística, hagiografía, artes

é industrias, topografía, son frecuentes, numerosísimas, en la *Roma Sotterranea* y en *Inscriptiones christianæ urbis Romæ Septimo sæculo antiquiores*, monumentos de gloria de la moderna crítica experimental.

Cuando uno ha penetrado un tanto en la obra prodigiosa de estos grandes investigadores, pronto llega á sentirse atraído, no solo por su ciencia esplendorosa, sino por su voluntad tenaz, por sus dotes de carácter heroico, según el concepto que del heroismo nos dá Carlyle. Si el lector no tiene atrofiadas la sensibilidad y la imaginación, no tarda en parangonar á estos héroes, descubridores de las civilizaciones muertas, con los argonautas y descubridores de los continentes nuevos, de los mundos desconocidos, de las tierras del porvenir. Ante la fantasía del discípulo consciente, aquellos héroes de la ciencia arqueológica, hombres de pensamiento y hombres de acción á la vez, toman las proporciones de un Colón, de un Vasco de Gama de los mundos pretéritos, de la humanidad de ayer. Del amor y de la admiración á su obra se pasa fácilmente al amor y á la admiración á los autores, alucinados sublimes que consagraron al empeño de su vida el pensamiento y el corazón. Las pocas anécdotas que yo sepa, así de la existencia del Bossio, el precursor, como de Rossi, el Mesías de las Catacumbas romanas, todas evidencian el alto espíritu y el fervoroso entusiasmo que han impulsado el paso del descubridor por la senda trabajosa de sus conquistas.

Bossio cuenta de sí mismo que la primera vez que descendió á una catacumba, en diciembre de 1593, dejándose arrastrar por su natural arranque y por el novelesco interés que ofrecía el descubrimiento, perdióse con sus compañeros de excursión por entre el inextricable laberinto de las galerías subterráneas. Habían todos penetrado en el subsuelo por un hipogeo situado á una milla de San Sebastián, no lejos del punto en que tres siglos más tarde había Rossi de hallar el cementerio de Calixto. Desde el piso superior de aquella misteriosa cavidad, bajaron al inferior por un estrecho agujero que vieron practicado en el pavimento de una capilla. Una vez llegado á aquel sitio, avanzaron tanto los excursionistas,

fuéronse tan lejos del punto de partida, que, cuando quisieron desandar lo andado, ni supieron dar con el camino de la ida, ni encontraron trazas de los utensilios que debían servirles para encaramarse al piso superior. Retenidos en aquel antro subterráneo más tiempo que el previsto, los exploradores vieron con espanto que, una tras otra, se iban consumiendo las antorchas, y llegaron á creerse perdidos para siempre entre las tinieblas de los sepulcros. Cuando, después de indescribibles trabajos, volvieron todos á ver la luz del día, Bossio dijo estas palabras memorables, que revelan el fervor de su alma y la serenidad de su caracter:—«Solo temí por un momento que mis despojos miserables fuesen á profanar la tumba de las mártires...»

Otro episodio referente al descubrimiento del cementerio de Calixto, pinta con elocuencia la firmeza de voluntad y la certera intuición del gran arqueólogo que acaba de morir. En 1849, el comendador de Rossi encontró en un predio de la Vía Apia, mucho más cercano á Roma que á San Sebastián, un gran fragmento de marmol sobre el que se distinguía apenas la parte superior de la letra R, seguida de estas otras, bastante bien conservadas..... NELIVS MARTIR. Rossi vió la inscripción, y no dudó un instante. Aquel fragmento había formado parte de la losa sepulcral de San Cornelio, papa ú obispo de Roma, á mediados del siglo III. Luego allí cerca debía existir el cementerio de Calixto, si no mentían los itinerarios para los peregrinos del siglo VII, ni las concesiones de indulgencias á los que por aquel tiempo visitaban los santuarios romanos. Importaba ante todo comprar el predio para proceder á las excavaciones... pero el dueño del terreno, como olierá la importancia del hallazgo pidió un precio exorbitante por la expropiación. ¿Qué hacer en aquel caso? Ni Rossi, ni el Instituto Arqueológico contaban con recursos para subvenir á tales desembolsos. Entonces Rossi se fué directamente á Pío IX, y le expuso el conflicto en que se hallaba.

—Bien,—dijo el pontífice.—¿Qué quieres que se haga....?

—Comprar el predio, Santidad.

—Pero... ¿si después no se descubre el cementerio?

—Santidad, se descubrirá.

—Pues que se compre,—añadió el papa, sonriendo como admirado de aquella fé.

—Pero, es que falta una cosa todavía,—repuso el gran arqueólogo,—hay además que adquirir una viña que linda con el predio, porque si mis cálculos no me engañan, que no me engañan, la catacumba ha de ocupar toda el área del predio y la viña juntos...

Se expropiaron los dos terrenos, como quería Rossi, é inmediatamente dióse principio á las excavaciones que duraron meses y meses, sin que un hallazgo ni el más pequeño indicio vinieran á confirmar la previsión del gran arqueólogo. A pesar del resultado negativo, éste seguía afirmando impertérrito que debajo del predio y de la viña adyacente subsistía el cementerio de Calixto. Como unos prelados, que un día estaban contemplando la infructuosa perforación, dirigiesen á Rossi alguna frase de excepticismo sobre el éxito de aquellos trabajos, el maestro les contestó con estas palabras, que, en otros labios menos avezados á la oración, hubiese parecido una impiedad:—«Es tan cierto lo que digo, como la Escritura Santa.»

En efecto, a los tres años cumplidos, aparecía la segunda mitad de la lápida, conteniendo las letras que faltaban en el primer fragmento. Entre los dos formaban la siguiente inscripción: Cornelio Martir Obispo.

CORNELIVS MARTYR
E P

Sucesivamente fueron apareciendo las galerías de sarcófagos, las criptas papales, las basílicas, todo aquel mundo subterráneo que forma la catacumba más importante de Roma, tal como la había soñado la previsión del gran descubridor.

R. CASELLAS.

PESCA DE ÁNFORAS

Un recuerdo de infancia, una ánfora extraída del fondo del mar por un buzo, y varias conversaciones que diferentes veces he tenido con el mismo, arraigaron en mi la convicción de que, en aguas de la próxima bahía llamada de «la Cativa» situada al Este de este puerto, en la parte septentrional de la costa del Cabo de Creus y distante unas siete y medio millas marítimas, ó sean unos mil trescientos cincuenta metros, existe un barco griego ó romano náufrago que yace allí, en el fondo del mar, con su cargamento de ánforas.

Era niño cuando una tarde un viejo marino de esta villa llamado «el avi Caló» vino, en compañía de su nieto, de la pesca al palangre, atracó su bote en la playa debajo de la ventana de mi casa en que me hallaba asomado y sacó de á bordo un ánfora, jarra de forma para él extraña y desconocida. Recuerdo, como si le estuviera viendo, la afición con que, arremengado de brazos y piernas y metido de pies en el agua, la limpiaba extrayendo la arena que en su interior contenía, en la esperanza de encontrar alguna riqueza. Recuerdo á mi abuelo que preguntó si quería venderla, y el marinero que despreciándola, ya que no encontró en ella dinero, ni cosa de valor, se la regaló.

Esta ánfora, primera de las que después se han sacado, fué regalada por mi abuelo al Instituto de Figueras, en cuyo museo figura.

Pocos años después, y de esto han transcurrido unos treinta, unos buzos, pescadores de coral, bajaron en aquel sitio en busca de roca en que lo hubiese, y encontraron un monton de ánforas, que creyeron cañones, pero en la duda de lo que podrian ser determinaron sacar una otro día, y subieron nuevamente otra ánfora, que por un vecino que la guardaba por su forma, para él rara, fué regalada mucho tiempo después y figura hoy en el taller de los hermanos Masriera.

Lo que había en el fondo del mar para los buzos eran groseras jarras, y así como lo eran para ellos, así lo creía la mayoría de los que vieron la que acababan de extraer, contados fueron los que conocieron que aquella jarra era una ánfora.

Nada se dedujo de estos dos hechos que prontamente se olvidaron, y si de tiempo en tiempo alguno recordaba que sobre la punta llamada «la Cativa» un día se pescó una jarra enganchada en un anzuelo por el ansa, y que unos buzos extrajeron otra, era sin dár importancia al hecho, sin deducir que aquello podría significar algo, y sin deseo de averiguar su procedencia, y solo explicándolo como uno de tantos hallazgos que en la mar acontecen.

Estos hechos y varias conversaciones con uno de los buzos, en las que refirió la situación de las jarras, la gran cantidad que había y la forma que su conjunto acusaba, me hizo entrar en la convicción de que allí había un barco griego ó romano náufrago, y en el deseo, cada vez más vehemente, de explorar aquel fondo y procurar la extracción de lo que hubiere en dicho sitio.

Pero estos mis deseos de tanto tiempo, que quería realizar en la temporada de verano que con mi familia resido en esta, unos años porque en aquel no se pescaba y otros porque se pescaba lejos de este puerto, no me ha sido posible realizarlos hasta el presente, en que aprovechando la estancia de tres buzos que vinieron á la pesca del coral, tan abundante en estas costas y de grandísima importancia en años anteriores en que la moda pagaba á buen precio este producto de la mar, arrendé sus servicios y señalamos el día veinte y uno del corriente para efectuar la pesquera, completamente nueva en los anales de la pesca.

Invité á ella á los notables artistas mis amigos los señores Marés y Brugada que se hallan aquí veraneando, y el primero sabedor de que anteriormente se habían pescado dos de dichos objetos, pidió parte en los que se proyectaba pescar, ofreciendo pagar la mitad de los gastos que ocurriesen, á lo que accedí gustoso ya que era un amigo quien tal cosa pedía.

A causa del viento Norte que sopló con fuerza debimos

aplazarlo un día más del señalado, y al alba del siguiente, que estaba la mar en calma, salimos en tres embarcaciones, una con los buzos, la máquina, escafandras y demás pertrechos, otra para servir de laúd auxiliar, y la que montábamos nosotros y en que debían practicarse las faenas de extracción.

Iban los laúdes al rumbo que indicaba el viejo buzo que treinta años atrás fué descubridor de las ánforas, quien venía á nuestro servicio como á práctico; y no obstante la seguridad que me tenía dada de recordar las señas que entonces tomó tan perfectamente, que me prometía colocar la escalera de los buzos sobre las mismas ánforas, sentía en aquel momento tal emoción, que no me es posible explicar, emoción que creció al verle tomar los remos para situarnos, observando sus menores movimientos, espiando las alteraciones de su ruda cara, y cobré alguna confianza al ver su tranquilidad, al observar cómo se orientaba por la primera seña que debíamos encontrar, cómo haciendo luego fuerza de remos buscaba la segunda, y al ver que sus ojos trazaban el imaginario ángulo que apoyando su base al Sur, en el «cap Mitjá» y al Este en la llamada «punta de la Cativa», puntos que relacionados con otros tantos situados en las proximas montañas debían dar el vértice en que yacían las ánforas, cubiertas por una profundidad de agua de treinta y dos metros de elevación, que cual sudario las envolvía ocultándolas á toda mirada humana.

Atentos todos á lo que diría el viejo buzo, le mirábamos en silencio temerosos de distraerle, mientras comprobaba visualmente varias veces el ángulo, hasta que interrumpió su voz nuestro mutismo, diciendo: «*son aquí*» aquí están, voz deseada y escuchada con alegría por todos.

Largo fué para mí el tiempo necesario para el fondeo del laúd de la máquina, pues en mi impaciencia deseaba conocer lo que cubrían las aguas en cuya superficie flotábamos.

Más largo que de costumbre me pareció el empleado en vestir el buzo; el interés con que seguíamos sus movimientos fué creciendo mientras bajaba, y desaparecido en las profundidades del azulado mar, seguíamos con atenta mirada las burbujas de aire que trazaban en la superficie su paseo de

exploración submarina, cumpliendo orden mía, hasta que al indicarnos, con la cuerda de aviso, que había encontrado las deseadas ánforas, estalló á bordo verdadera explosión de alegría.

El viejo buzo cumplió lo ofrecido, colocó la escalera puede decirse, encima de las ánforas.

Muchas fueron las preguntas que hicimos todos al buzo al entrar nuevamente en la embarcación, y mientras se vestía y bajaba el segundo que, dispuesto á comenzar de nuevo la faena, iba provisto de recia cuerda de esparto de la que en su extremo inferior pendían dos brazas distantes una de otra, y otras cuerdas de cáñamo hasta el número de cinco, al objeto de atar con éllas las ánforas.

Quitado el casco al buzo, al entrar de regreso en el laúd, á su manifestación de que había algunas atadas, se prepararon los marineros á izarlas atandolas en la cuerda. Coloquéme en la popa de nuestro laúd para dirigir la operación, y después de un rato de escudriñar la mar, veo aparecer un punto amarillento que se va destacando, después otro, luego otro, al que sigue un cuarto, que van subiendo cual canjilones de una noria, cambiando sus colores, tan pronto amarillos, como verdosos, como encarnados, y así llegó á la superficie del agua la primera ánfora. Allí quedó flotando á mi voz de alto que hace suspender el trabajo á los marineros, que se asoman poseidos de curiosidad, y todos contemplamos con admiración el objeto salvado, que se presenta rico en colores y con admirable ornamentación. En él se hallaban reunidos en armoniosa mezcla de colores el vermellón y las más ricas lacas con brillantes amarillos y frescos verdes, con tal riqueza de tonos que es imposible copiar; á su lado es pobre el jarrón japonés de mas rica y brillante fantasía.

Allí estaba flotando admirado por todos, chispeando sus colores á cada momento en sus variantes al través de prismas de agua que se excurrían bañados por el sol, la mar le cubre y descubre besándole y juguetea con él á los balanceos del laúd y movimiento de las olas, alegre y juguetona, cual regocijada madre que presenta el hijo recién nacido adornado con sus mejores ropitas, también nos enseña el que du-

rante dos mil años ha guardado, vestido con rica vestidura adornada con espléndida flora marina enriquecida por corales y madreperlas.

Así fueron saliendo á la superficie sesenta y dos ánforas, trece perfectamente conservadas, treinta con insignificantes desgastes, con mayores mutilaciones las restantes y además varios fragmentos, habiéndose quedado allí muchas más que, á causa del enturbiamiento de las aguas por el fango que levantaban los buzos en sus movimientos arrastrado por las fuertes corrientes que reinaron aquellos días, desistimos de su extracción que probablemente continuaremos otro año.

De pequeña cabida, pueden todas clasificarse bajo el nombre general de ánforas, pues todas tienen la forma comun de estos envases, varias son tan esbeltas que en vez de ordinario embase formado de grosera pasta parecen fina y clásica obra griega de eximio artista, algunas de cuerpo mas redondo y mayor cabida acusan la forma atribuida á las llamadas *seria* y sólo una de cuello mas ancho y base no tan puntiaguda es de las conocidas por *cadus*.

Casi todas tienen su interior revestido de una capa de betún al objeto sin duda de hacer menos permeable la porosidad del barro de que se hallan formadas.

En ninguna he visto señal de marca de fábrica, si bien hace imposible el exámen la labor submarina con que las ha cubierto el tiempo, en solas dos he visto una cruz de cuatro brazos iguales, en la parte inferior de cada una.

De ellas, se extrajo una llevando adherido en su costado una cigala de áncla de hierro, tan fuertemente soldada por la acción de los siglos, que no fueron bastantes á desoldarla los esfuerzos que hicieron nueve marineros al arrancarla del fango, á élla ató el buzo la cuerda, y tan fuerte es la soldadura que al ceder el fango se rompió la caña de la misma áncla de la cigala, único resto de pertrecho que de la nave pudieron recojer, pues nada de ello, ni de la nave existe, segun dijeron los buzos.

Dos días duró la faena y al darla por terminada y retirarnos contemplando el sitio del hallazgo, se me presentó la catástrofe que sepultó nave y cargamento, y retrocediendo en mi

imaginación dos mil años, vi furiosa tempestad y sobre las rompientes de grandes olas veo aparecer redonda *navis onerariae*, Emporitana ó Masiliota, que tomadas todas las precauciones necesarias para correr la borrasca, rodeado su casco por gruesa maroma llamada *mitra*, á fin de proteger la débil tablazón del destrozo que pudiera ocasionar el furioso embate de las olas, y tendido de proa á popa fuerte cable *tormentum*, corría el temporal, dirigiéndose con rico cargamento de vino tal vez á Pyrene, situada no muy lejos de aquí en opinión mia; ví como fuerte ráfaga de viento rompe las bien amarradas *opiferce* con que orientaban las velas, y como sueltas las *velum* son destrozadas y arrebatadas por el viento; ví la nave impelida por el huracan en vertigiosa carrera acercándose cada vez á la costa, distinguí de pié en la proa la silueta del vigilante *proreta* que, alerta á los escollos, señalaba el rumbo al gobernador ó timonel, oí la voz del *magister* que desde el *tronus* manda la maniobra, escuché fuerte golpe de la nave al chocar en las rocas de la punta «la Cativa» y al mismo tiempo grandes veces de espanto y desesperación, mientras el barco sin rumbo, juguete de las olas, abierta vía de agua se hunde y desaparece en el fondo del mar, en el sitio mismo que acabamos de dejar, y solo quedan en la superficie monton de nautas, para luego tambien desaparecen; después admiré la grandiosidad del temporal y las salvajes costas que sirvieron de último término á este gran cuadro. Al desastre sigue transcurso de siglos, espesa niebla que en su cerrazón hace desaparecer el recuerdo de la hecatombe, y completamente olvidadas, yacen las ánforas en lecho de arena, queda la nave consumida, y una casualidad, dos mil años después, revela el hecho, y aparecen de nuevo á la luz del día las que fueron toscas ánforas adornadas con espléndida flora y labor submarino trabajado por la naturaleza en tan largo transcurso de siglos.

Puerto de la Selva 30 Agosto de 1894

ROMUALDO ALFARAS

Corresponsal de la Arqueológica.



LA COVA DELS ENCANTATS

SERINYÀ (GIRONA)

No sé si per alló que diu l'adagi que 'ls testos han de retirar á las ollas, lo cert es que havent mos fills Joseph y Antoni passat á Serinyà pera visitar á son amich y company d'estudis D. Joán Carreras, visitaren la caverna adalt espresada. En ella practicaren alguna excavació y volgué la fortuna que descobrissen dos ó tres restos humans, diferents fragments de cerámica y altres objectes que al moment vegí tenian verdadera importancia arqueológica.

No hi ha que dir, aixó era més que suficient pera excitar la meva curiositat y de cuants senten passió per los recors de la Terra; axis que posat de acort ab mos amichs los ilustrats conreuhadors de las lletras catalanas D. Joaquím Hostench y D. Joaquím Coromina realisarem una excursió á la indicada Cova ó Bora dels Encantats, qual fruit van á veurer los lectores.

Pujarem á la dita caverna seguint lo camí de cabras, unich que á ella condueix, fent us en cert pas de una escala de má, que de altre manera no's pot arribar á la desitjada cova, que alcansarem no sens haver corregut lo perill de estimarnos al fons de la singlera, qual peu banya el riu Ser, poch després d'haver atravessat la carretera de Girona á Olot.

Instalats en aquella subterrànea cambra de 4×5 metres de emplasament superficial, limitada per parets naturals de rústicas brenyas y cuberta de ojival volta de vistosas estalagtitas, terminant en lo fons per fantástich corredor, que promette 'ns cansarem de recorre; provistos de llums y eynas, comensarem tots á una á escavar lo sol, recullint cuidadosament, lo que á ma'ns venía.

Desconortats nos consideravam al veurer que sols reculliam restos de cerámica, que per lo terrosa y malas condicions de llum, no sempre creyam de importancia, per més

que de tan en tan reconeixessem en los restos recullits valor arqueològich.

Junt ab los fragments de terrisa descobrirem alguns pochos restos humans, bastans ossos de diferents animals, molts d'ells procedents de época fresca ó poch llunyana y altres objectes de importancia distinta.

Fet dissapte d'aquella inmunda coxinerada de testos, que bé ho merexian, poguerem convencens plenament que teniam devant nostre una gran munió de restos de terrisa en tot análoga á la que poch avans haviam visitat en Romanyá de la Selva, procedents del Dolmen de que tenen noticia nostres lectors. (1)

En efecte; reconeixérem abundants fragments de terrisa fabricada á ma sens intervenció de torn, manifestant en sa superficie no pocas ditadas impresas sobre l'argila tendra mentras se manipulaba la pessa.

La pasta es generalment molt sorrenca y la gruixa de la obra extraordinaria.

N'hi ha de molt mal cuyta, presentantse solsament torrada y negrenca per dintre, mentres que la superficie exterior es rojenca, com si fos estat cuyta en mitj d'una gran foguera.

Altres restos manifestan que la terrisa fou ben compenetrada del foch, presentantse del tot cuyta interior y exteriorment.

Aquesta en tot son conjunt se sembla á las pessas destinadas á posarse directament al foch; com las cassolas, mentres que la primera recorda la pasta propia de plats y cánters, que no resisteixen cambis notables de temperatura.

Las ansas de aqueixas pessas eran molt diferents, de las que avuy s'acostuman. Algunas son cilíndricas y molt gruixudas, foradadas en son interior, de modo que sembla que la ansa no estava posada á la pessa pera facilitar son maneix, sinó pera poderhi passar un cordill, que permetés portarla penjada ó deixarla sospesa en una estaca.

Altras ansas tenian la forma de un petit cono y alguna se presenta també arquejada.

(1) Vide *Boletín* anterior.

Difícil es reconstruir la forma propia de aquesta mena de terrissa, per més que sigan abundants los trossos, que colecionarem. Ab tot se veu que predominarian las tassas y petits gerros, que essent de poca altura, tindrían relativament gran diàmetre, resultant forsa ventrudas.

Ademés es característica esta ceràmica per los especials motius de ornamentació, que presentan las pessas. Unas fan gala de simples lineas onduladas, altres en forma de petites rallas gravadas verticalment ó unintse y encreuhantse de diferents modos, donant lloch á dibuxos quadriculats ó geométrichs que presentan sorprendent efecte. També es molt singular la ornamentació feta á ungladas, que com indica est nom, deixá sembrada la superfície de la pessa de numerossas cavitats produidas senzillament ab las unglas.

Ademés recullirem en eixa cova una *fussayola*, ó sia un *disco* de terrisa de uns tres centimetres de diàmetre, perforat en lo centre, destinat, segons se creu, á servir de volant y contrapés á un fus, y també alguns restos humans.

Los que primerament reculliren los citants cursants Carreras y Alsius, consistiren en restos de ceràmica primitiva y una petita part de mes moderna, una dent, una vértebra y dos *falanges* humanas, restos de alguns animals de diferents épocas, un punxó de banya de ciervo y un os tallat intencionadament en forma de cap de toro.

Aquesta petita escultura pot ser un símbol de la superstició relligiosa dominant en aquella época, ó un simple *amuleto*.

La presencia d' objectes de distintas épocas en aquell lloch demostra que en tots temps fou visitat pel home, pero la abundancia predominant de ceràmica primitiva autorisa á dexar sentat, que en especial ho era en época remotíssima; essent probable, que estava destinada la caverna aquella á gruta funeraria.

Confirma eix supòsit la analogía completa que existeix entre la ceràmica en ella recullida y la que's descubrí en lo Dólmen de Romayá de la Selva, enterraments propis de una mateixa época.

Tenim, donchs, com á conclusió final, que la *Bora dels*

Encantats representa una gruta funeraria, un lloch de enterraments, encara que de menor categoria que'ls dólmens, los verdaders panteons de aquella época.

No obstant eixa menor importancia arquitectónica, la te molt gran per ser lo primer exemplar conegut entre nosaltres de una verdadera cova funeraria natural característica de la época megalítica, al mateix temps que'ns posa en possessió de importantíssims coneixements sobre cerámica y 'ns descubreix ignoradas costums de la época primitiva.

La antiguetat de eixos objectes no pot precisarse en absolut referintla á centurias; es anterior á tota edat històrica, ho es igualment á la nebulosa civilizació ibérica, pertany al temps prehistòric. Son estos mutilats objectes coetáns de la época megalítica, dels constructors dels dólmens, dels que importaren aquí'l coneixement de la cerámica y la domesticació dels animals; coetáns, en fi, dels invasors que introduhiren en estas terras per primera vegada la pecuaria y la agricultura.

Est es lo fruyt de la nostra excursió al vehi poble de Serinyá y tal volta no ho hauría estat tan profitosa si no haguessem contat ab la galantería y bons oficis de D. Bartomeu de Carreras, propietari dels terrenos ahont radica la Bora dels Encantats, á qual senyor nos complavem en donarli testimoni de nostre major agrahiment.

PERE ALSIUS

Corresponsal de la ARQUEOLÓGICA á Banyolas.

NOTICIAS Y DESCUBRIMIENTOS

El número del *Boletín oficial eclesiástico* de las diócesis de Teruel y Albarracin, que lleva la fecha del 22 del mes anterior, publica una importante circular, merecedora del mas caluroso aplauso, firmada por el Ilmo. Dr. Estalella, obispo de las espresadas diócesis. Dice asi la circular:

«Habiendo llegado á nuestra noticia que algunas personas que se dedican al comercio de objetos artísticos y arqueológicos, tenían el propósito de emprender viajes á distintas provincias de España, y en-

tie ellas á estas nuestras diócesis de Teruel y Albarracín, para comprar ó adquirir cuadros, estatuas, retablos, grabados, telas, tapices, códices incunables, etc., hemos juzgado muy conveniente dirigir la presente Circular á los RR. Párrocos, encargados de iglesias ú oratorios públicos y Superiores de comunidades religiosas para prevenirles á fin de que no se dejen sorprender, sino que, conservando con todo el esmero posible la clase de objetos aludidos, guarden para las iglesias é instituciones respectivas el honor y las ventajas de la posesión de los mismos, que son como pruebas fehacientes y festimonios de veracidad inespugnable del amor que en todos los siglos la Iglesia nuestra Madre ha profesado á la verdadera cultura, el gusto á lo bello que le ha distinguido y la protección que ha dispensado á las artes y á las letras, que, bien encaminadas, son ayuda al espíritu humano para encontrar á Dios.

Si los objetos artísticos ó arqueológicos pueden continuar sin deterioro sirviendo para el culto ó para el fin á que les destinaran nuestros mayores, continúen en el mismo lugar en que los colocó la mano del artista y teniendo igual destino para la mayor gloria de Dios y la recreación espiritual de los pueblos. En caso de que al presente no presen ya utilidad alguna, ó por su estado de deterioro peligren, avísennos para que de momento podamos disponer lo conveniente hasta que resolvamos la colocación definitiva de los mismos; y no siendo motivo bastante para desprenderse de ellos, sin consultar á Nos, el que persona que se tenga por competente, les hubiese asegurado que carecían de mérito. Y si se encuentra alguna iglesia ó corporación religiosa que, por su estremada pobreza, creyera tener necesidad de desprenderse de los objetos referidos, acuda á nuestra Secretaría de Cámara, y Nos dispondremos lo conveniente para que quede satisfecha la necesidad, sin que desaparezca de nuestro país lo que no solo es ejecutória de su antigua importancia, sino que aun en la actualidad fomenta el buen gusto, educa las costumbres y es esplendor de la Iglesia.

Esperamos que nuestro ilustrado Clero y demás respetables personas á quienes incumba se esmerarán en corresponder á nuestras indicaciones, que no son otra cosa que eco del sentir que siempre ha tenido la iglesia católica, y en particular el sapientísimo é inmortal Pontífice que hoy la preside, trabajando no solo en suscitar el espíritu cristiano en la sociedad, sino tambien en mantener todas aquellas disciplinas que son ornamento de la misma.

Teruel 20 de Octubre de 1894.—*Antonio, Obispo de Teruel, Admor. Apco. de Albarracin.*»

En vista de tan interesantísima circular, la ARQUEOLÓGICA dirigió oportunamente una comunicación al docto Prelado Señor Estalella felicitándole por sus laudables propósitos y protección decidida á los recuerdos históricos y artísticos de las diócesis confiadas con tanto acierto al paternal gobierno de nuestro ilustre compatriota.

En el número anterior nos ocupamos de los descubrimientos á que han dado lugar las obras que se llevan actualmente á cabo, en nuestra Santa Iglesia Catedral, para la construcción del proyectado lucernario. Refiriéndose á dichos descubrimientos, nuestro colega *La Renaixensa*, dice:

«Quedárem agradablement sorpresos al veure 'ls restos de construccions antigas que 's van trobant. Entre ells lo quin se presenta més clarament es lo mur de la fatxada de la Catedral románica de Berenguer I, lo *Vell*, ab un buyt de porta amplísim que sembla requerir una columna central; las esqueixadas foranas de la porta 's presentan ab tot son carácter, y sos detalls se diuhen ab los de la porta del claustre, que s' edificá ab restos de la antiga. Lo que 'ns sorprengué es que la situació d' aquesta porta desenterrada sembla indicar que la Catedral románica del sigle XI, si be seguía l' eix de la actual, estava com se sol dir capiculada respecte d' ella, donchs, indica que tenía l' absis en las murallas romanas que passavan á mitja escalinata del carrer de la Corribia en direcció á las torres del Bisbe y del Ardiaca, en qual cas se troba, si no aném errats la Seu de Tarragona. A molta mes fondaria s' hi han trobat restos de paviment romá, fet de barreja de morter y picadís de mahó.

Los pilans del cimbori descansan sobre fonaments fets damunt de altres més antichs y tal volta á aquesta diferencia de sediments son deguts los molts moviments antiquíssims dels archs del trascor. Examinárem aixís mateix los forats fets en los pilans pera deduirne sa estructura interna y 'ns poguerem convencer de que sa secció interior es molt compacta y construída de pedra de fil y bon morter.»

Dice un periódico de Cartagena:

«Al ser cortada hoy una barra de plomo de las varias que la draga saco hace tiempo del fondo del mar, se descubrió, debajo de la corteza que la recubría, una inscripción romana, que hace suponer que las barras tienen una antigüedad muy respetable.

La inscripción dice: «P. TVRVLLI LABEONI» ó sea «Publio Turullo, fabricante.»

Debajo de la inscripción hay grabado un cisne, que debía ser la marca de la fábrica.

Créese que las otras barras de plomo contengan la misma inscripción, pues parecen, exteriormente, de la misma procedencia.»

LA CATALANA

Compañía de seguros contra incendios y explosiones de gas

Á PRIMA FIJA

Autorizada por Real Decreto de 25 de Agosto de 1865

ÚNICA EN SU CLASE DOMICILIADA EN CATALUÑA

ESTABLECIDA EN BARCELONA. — Dormitorio San Francisco, 5, principal

Capital social: 20.000,000 rs. vn.

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

PRESIDENTE: Sr. D. Casimiro Girona, propietario.—VOCALES: **Excelentísimo Sr. Marqués de Alella**, Senador del Reino, ex-Diputado á Cortes, propietario y comerciante. Sr. D. José Oriol Barrau, propietario y comerciante. Sr. D. José Carreras y Xuriach, hacendado. **Excmo. Sr. D. Joaquín de Cabirol**, ex-Diputado á Cortes y propietario. Sr. D. Francisco Casades, fabricante y propietario. **Excmo. Sr. D. Federico Nicolau**, Senador del Reino, ex-Diputado á Cortes, propietario y comerciante. Sr. D. José Antonio de Magarola, abogado y propietario. Sr. D. Antonio Bach de Portolá, abogado y propietario.—DIRECTOR GERENTE: Sr. D. Fernando de Delás, ex-Diputado á Cortes, abogado y propietario.—INSPECTOR GENERAL: Sr. D. José Prat y Santamaría, propietario.—SECRETARIO: Sr. D. Félix de Brocá, abogado y propietario.

Capitales asegurados: 2.140,774,486·29 pesetas



P. ESTANY

ESCULTOR

adornos de todas clases en
CARTON - PIEDRA y atrezo
para Teatros

30, CAMPO SAGRADO, 30
BARCELONA

VIDRIERAS DE COLORES AL FUEGO

—* PARA *—

IGLESIAS, ORATORIOS Y GALERIAS
desde 40 pesetas metro cuadrado

A. AYMAT

Conde del Asalto, 63

BARCELONA

J. RUIZ

ENCUADERNADOR

Encuadernaciones de bibliófilo
restauraciones de libros antiguos
dorados, relieves, etc.
Libros para el Comercio

Rull, n.º 5 y Codols, n.º 12

BARCELONA

JOSE LLORENS Y RIU

MAESTRO CARPINTERO

Construcción de obras, muebles, altares,
marcos, tiendas y todo lo referente al arte de
carpintería y
decoración de fachadas, iglesias y salones

Compra, venta y restauración de toda clase de
objetos artísticos antiguos y modernos

TALLER

Calle de Miserferrer, 1 y 3, y Copons, 2 y 4
(Entre la Riera de S. Juan y la calle Ripoll)

JOAQUÍN LLONCH

—> ANTICUARIO <—

Compra, venta y comisión
de antigüedades

Plaza del Pino, núm. 2

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE

VIVES Y SUSANY

Muntaner, 36, interior

Impresión de Obras, Revistas y toda
clase de trabajos relacionados con
el ramo de Imprenta
Especialidad en modelajes para fer-
rocarriles y Sociedades de Crédito